

EL RETORNO DE ELISEO¹

EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ

(peruano)



«¿Qué haces aquí?», preguntó, y se inclinó para observarme, don Isauro Oscovilca, y luego de un espacio agregó: «Algún día volverás a hablar, Eliseo, y algún día, también, serás músico». Se irguió, después, y apoyándose en su bastón se alejó. Yo permanecí inmóvil, sentado junto a la portada del templo, tan absorto como estoy ahora aquí en el coro, en el mismo banco en que él se sentaba, frente al armonio cuyo teclado recorría con sus dedos. Sí, preguntándome, recordando, en esta hora matinal de junio, de retorno y homenaje. Se marchó, pues, esa mañana, el viejo organista, y al cabo de un rato lo hice yo, contento porque me había dirigido la palabra. Me conocía, desde luego, pues ¿quién no sabía en el pueblo que yo era Eliseo, el mudo? ¿Quién no me había visto andar por las calles con los balayes de mi madre? Ignoraba, en cambio, el viejo señor, que yo era asiduo oyente de su arte, tan hermoso para mí como el amanecer o la blancura de la nieve. Y no obstante, movido acaso por una súbita intuición, me había hecho aquel pronóstico. Dejé que pasara, pues, un rato, y comenzó a atardecer. Me levanté al fin y regresé a casa, para preparar la cena, y aguanté con paciencia los rezongos de mi madre, y en la mesa los secos comentarios de mi padrastro. ¡Era tan tediosa nuestra existencia, y a veces me pesaba tanto, a mis quince años, la mudez en que me hundí un día! Mas esa noche me sentía contento, casi dichoso por lo que había escuchado, y por eso, después de comer y lavar la vajilla, me quedé en el corredor del patio hasta muy tarde. Yo, Eliseo, hijo de José Riquelme, ya finado, y de Jacinta Chávez, viuda y conviviente, sabe Dios por qué, de ese malhumorado individuo, chacarero y negociante al por menor. Yo había atraído, y eso era lo importante, la atención de ese anciano, que desde hacía años no salía de su casa sino para ir a la iglesia y tocar este instrumento, al que algunos llamaban también, con antiguo nombre, melodio. ¿Se acordaría don Isauro de que alguna vez fui como los demás niños del lugar, y que hablaba y asistía a la escuela, hasta esa mañana de

1 Tomado de Rivera Martínez (2006).

julio en que un toro me levantó por el aire en Yahuarpampa, y perdí desde entonces el don de la palabra? Diez años tenía, y vanos fueron los intentos de mi madre y los esfuerzos de los curanderos, e inútil la consulta con un médico de La Oroya para que recobrase el habla. Debí abandonar, pues, los estudios, y para mayor desgracia murió a poco mi padre, y mi hermano mayor, Josué, se marchó de casa, y más tarde vino a vivir a ella el padrastro que la vida me ha deparado. Me convertí, pues, en Eliseo, el mudo, y en cierto modo lo soy todavía, aun ahora en que he recuperado el habla y vuelto al cabo de muchos años, después de haber viajado y leído tanto. ¡Cómo ha transcurrido el tiempo, y cuán extraño revivir en este sitio esa época lejana!

Pues el niño se transformó en adolescente, y el adolescente se hizo joven. De tiempo en tiempo venía mi hermano, taciturno, desde el caserío de Yauris, donde se había establecido, y apenas si me prestaba atención. En algún momento dejó de visitarnos, y no supe más de él. Mi madre, en cambio, no opuso mayor resistencia cuando le manifesté, a mi modo, mi deseo de marcharme un día en pos de curación y otra vida. Extinto es mi tío Norberto, hermano de mi padre, y están dispersas y casadas sus tres hijas. Emigrados a Lima los Otaiza, parientes nuestros. Pero yo he regresado, y me quedaré en la casa que dejé un día, y envejeceré y moriré aquí, como envejeció y murió Oscovilca, el organista. Es en memoria suya que convoco ahora nombres, rostros, paisajes. En recuerdo también del niño y jovencito que fui, y del muchacho que dejó el pueblo para ser, finalmente, el hombre ya mayor que soy ahora. Y pensar que si no hubiera sido por aquel accidente no me habría dedicado a la música, no habría salido de aquí, y a lo más habría sido uno más de los peones que ahora sobreviven. Y andaría entonces, como resignada sombra, por el pueblo y por su desolado entorno, donde el día más luminoso tiene algo de severo y donde las nubes a menudo se asemejan a las fúnebres.

Mas retornemos al niño disminuido de esos tiempos, y a cuya mudez mi madre se resignó con una mezcla de frustración y de cansancio. No, no quise ir más con los chicos de mi edad, y menos aún regresar a la escuela. Sueños, monólogos, imaginaciones, eran mi refugio, y aliviaban mi soledad con el viejo almanaque que mi padre había heredado del suyo, con sus fábulas e historias, y ese otro libro con relatos de viajes, unos reales y otros fantásticos. Gracias a ellos no me olvidé de leer; antes bien, recorrí una y otra vez sus páginas, y anduve al acecho de cualquier otra lectura que hubiera por azar en casa. Y me transformé así en el muchacho singular a quien llamaban simplemente «Eliseo, el mudo», cuando no, algunos, «el sonso». Y lo habría sido, seguramente, a no ser por aquel domingo de mayo, cumplidos ya los catorce años, cuando mi madre, movida no sé por qué presentimiento, me llevó a misa después de mucho tiempo. Y aconteció que ese era el día en que tocaba, por primera vez, después de su retorno de Ayacucho, don Isauro, sacristán y músico por años de una iglesia huamanguina. Era la fiesta de las Cruces, y los altares estaban adornados con flores, y llenaban el templo gentes no solo de Sándor sino también de las estancias. Empezó el oficio y al poco rato, ante mi sorpresa, comenzaron

a escucharse los sonidos de ese instrumento que yo no había oído nunca, y que había permanecido olvidado en un rincón del coro por falta de quien lo tocara. «Es el melodio», dijo mi madre.

Lo que el músico tocaba en los intermedios no era la simple versión de los cantos que solían entonar los curas que venían a solemnizar la festividad, y que yo recordaba muy bien, y muy diferente por cierto de los acompañamientos de wankadanza, pallas y huacones, que nos eran tan familiares. Se trataba más bien, como supe mucho después, de creaciones del propio organista, inspiradas en los aires nativos. Creaciones en las que, como noté más tarde, su religiosidad se entretejía con esa tristeza mezclada de alegría de nuestros huaynos, y por momentos, además, compases que nos sonaban exóticos, como que procedían de las danzas del Collao, donde alguna vez había residido el organista. Todo ello me pareció, en verdad, lo más hermoso que había escuchado. Con cuánta admiración y curiosidad contemplé, desde donde me hallaba, al hombre de cabellos encanecidos, algo encorvado, que pulsaba el teclado. Acabó la misa, y mi madre me susurró, emocionada: «¡Qué lindo, hijo!». Mas no pudimos quedarnos para la procesión, porque había quehaceres pendientes en casa, donde mi padrastro, al enterarse de la novedad, dijo: «Ya debe estar bien viejo don Isauro. A morirse aquí habrá regresado...».

Durante el resto de aquel día solo tuve en mente la música aquella, tanto por la viva impresión que me había causado, como por mi empeño en no olvidar una sola de sus frases. Me repetía, en silencio, los pasajes que más me habían gustado. Y se me ocurrió, en idea que luego me pareció disparatada, pedirle por escrito a ese maestro que me enseñase su arte. Pensé también en aprender por mi cuenta, ya que sabía leer, los rudimentos de la música, posibilidad que luego consideré irrealizable, porque de seguro no había ni el más modesto manual en nuestro pueblo. Y, sin embargo, una voz secreta me decía que alguna vez, en un futuro lejano, me sentaría yo también ante el teclado y aprendería a tocar.

Y así estaban las cosas, y me había resignado a esperar la próxima fiesta en que vendría un cura a celebrar la misa, con acompañamiento de música, cuando escuché decir en la tienda de los López que don Isauro iba a la iglesia los martes y jueves por la tarde, para ejercitarse en el armonio. Al día siguiente, que era jueves, me las arreglé para ir y apostarme a un lado del atrio, y vi que en efecto, a cierta hora, llegaba el anciano. Cruzó ese espacio sin reparar en mí, y abrió con llave propia la puerta del templo, que cerró con cuidado. Me aproximé, pues, y me puse al pie de la fachada, y al poco rato se oyeron los sonidos del instrumento, pero tan atenuados que opté por trasponer la reja de madera que daba acceso a la escalera de la torre. Subí cuidando que nadie me viera, alcancé el cuerpo donde se hallaba la campana, seguí por la cornisa que le daba vuelta hasta llegar a una ventana lateral, un poco alta, que por la mañana daba luz al coro, que como todos los de nuestra tierra era alto y estaba a la entrada del templo, y miré con cautela. El viejo músico había encendido un par de velas, pues ya no se veía bien, y, sentado ante el melodio, reanudó su interpretación.

Pude darme cuenta, entonces, de que no se trataba de una música de carácter religioso, sino otra, pausada, melancólica, muy semejante en ello a los yaravíes que entonaba mi padre. Cautivado, y sin atender al riesgo de que alguien me viera, ni al frío del anochecer, me abstraí en los sonidos. Al músico no se le ocurrió, por lo visto, que desde la cornisa alguien lo escuchaba, y menos Eliseo, el mudo. Y así oscureció sin que el viejo señor abandonase el teclado. Se detenía por momentos, lo cual me daba ocasión para fijarme en su rostro, alumbrado por las velas. Acabó en fin de tocar por esa noche el organista, y se preparó para marcharse. Yo hice lo mismo y recorrí a la inversa la improvisada vía que había seguido para llegar a ese lugar, y bajé sin novedad a la plaza. Ya en casa, donde no habían dado importancia a mi ausencia, cumplí con mis quehaceres y nos sentamos a cenar. Y mientras lo hacíamos, dijo mi padrastro: «Mira, Jacinta. ¿No estará afiebrado tu hijo?». «No», repuso ella, después de tocarme la frente, «solo está como arrebatado». Y así debía ser, en efecto, por la excitación que me había producido esa música, y por la arriesgada experiencia que había vivido. Apenas si pude dormir, y tanto que me asomé a la ventana, y por largo rato estuve contemplando el cielo estrellado, tan luminoso. Ahora, en cambio, en esta hora matinal en que evoco lo vivido, nada brilla, y todo yace bajo una fina capa de polvo, y no es de noche sino un día gris, en que se filtra un aire glacial por las rendijas.

Dos días después, por la tarde, regresé puntualmente a mi rincón en el atrio, y esperé que el músico llegara y ascendiera al coro, y, por mi parte, subí a la torre, mas no ya por la riesgosa vía anterior, sino por otra, cuidando eso sí que nadie me viera. Y fue del mismo modo el martes subsiguiente, y así por unas semanas. Era toda una felicidad escucharle. Con cuánta maestría tocaba, y cuán sentidamente, y era como si hubiera adivinado que alguien más disfrutaba de sus interpretaciones, sobre todo de las que, por lo menos a mi juicio, eran de obras suyas, y que de modo tan efectivo juntaban contento y melancolía. En algún momento se me ocurrió seguir con especial atención, a pesar de la distancia, los movimientos de sus dedos y la manera con que don Isauro accionaba los pedales y registros. Así, me imaginaba, ayudado por mi buena vista y mi atención, me sería posible iniciarme en su arte. Muy difícil proyecto, desde luego, pero en el que me empecé con entusiasmo. Y después de cada audición, ya de vuelta a casa, me representaba en todo lo posible, una y otra vez, lo que había visto y escuchado. Así pude retener, poco a poco, lo que habían podido percibir mis ojos y mis oídos. Incluso trataba de repetir en la mesa de la cocina, cuando estaba solo, los movimientos de sus dedos, o lo que imaginaba como tales, sobre todo los de la mano derecha. De esta manera llegó el momento en que, como hacen los jugadores de ajedrez con sus piezas, podía desarrollar en imaginación algunas secuencias, que más tarde trataría de articular en versiones más largas. Progresos que me indujeron a tratar de establecer una forma de diálogo con el anciano.

Lo esperé, pues, en la ocasión siguiente, a la hora en que se retiraba, en la puerta del templo, con el propósito de hacerle saber que lo escuchaba y

manifestarle mi admiración, e incluso, si tenía el coraje para ello, mi deseo de ser su discípulo. ¿Un mudo como yo? ¿No me tomaría por loco? Pero cuando el organista salió me venció la timidez y me limité a mirarlo, y él me dirigió una mirada entre distraída y curiosa, y respondió con una venia a mi silencioso saludo. ¿Habría adivinado mis deseos? No lo sé, pero la cosa es que en mi siguiente tentativa, poco después, se detuvo y se acercó, y luego de preguntarme qué hacía allí, pronunció esas palabras que no olvidaré nunca: «Algún día volverás a hablar, Eliseo, y algún día, también, serás músico». ¿Se había dado cuenta de que en secreto lo escuchaba? Dijo eso y se alejó, y ese fue, por desgracia, el único y breve encuentro que puedo llamar personal que tuve con él. Sí, pues no pasaron dos semanas cuando terminaron para siempre esas sesiones, pues se enfermó, y al cabo de unos días murió. Sentí, entonces, como si pronto me hundiera en el vacío, y me dirigí en cuanto pude a la casa del músico, donde estaban reunidos sus deudos, todos de luto. Estuve allí, por un buen rato, en un rincón. Me retiré, después, y deambulé sin saber qué pensar. Después, ya en casa, lloré a solas, largamente, como cuando perdí a mi padre. Mas a la mañana siguiente nadie notó mi sufrimiento, y mucho menos se imaginó el extraño y secreto vínculo que se había establecido entre el finado organista y yo. Una semana después fui a visitar su tumba, donde tributé un callado homenaje a su memoria. Me dije, entonces, que no debía abandonar el aprendizaje que, sin que él lo supiera, y de tan insólita manera, había iniciado.

Y fue así cómo un tiempo después ingresé furtivamente al coro, antes del atardecer y sin que nadie me viera, como cuando él vivía, para intentar reproducir en el melodio lo que le había visto hacer desde la ventana. Me senté en el mismo banco que era el suyo, y ensayé los movimientos de sus dedos y accioné con cautela los pedales que daban aire a los tubos. Poco a poco logré tocar del modo más simple, y por cierto vacilante, una de sus melodías. La repetí con cuidado, deteniéndome a oír si se sentían pasos, y mirando un par de veces, desde un costado de la ventana. Sí, continuaría a solas ese aprendizaje, pero mejor a una hora más tardía y a la luz de una vela con una improvisada pantalla. Y así como lo pensé lo hice al día siguiente, después de las seis, tomando todas las precauciones. Me ejercité de la misma manera en esa y en otras de las piezas del difunto, y solo me marché cuando se acabó la lumbre. Mas el éxito de mi ingreso no me obnubiló, así que decidí no retornar sino dos veces por semana, y siempre con el mayor sigilo para que nadie lo advirtiera, pues si tal cosa sucedía, no solo mi madre y mi padrastro sino todo el pueblo me castigaría. ¿Acaso no era yo, para todos, nada más que un mudo ignorante y raro?

Regresé, pues, de allí a tres noches, sin que mi familia sospechara nada, pues estaban acostumbrados a mis paseos vespertinos. Intenté lograr en el armonio una versión más cercana a la línea melódica de la pieza elegida, y un acompañamiento semejante a los que tocaba el maestro. Ardua tarea, que me hacía vibrar de emoción. Fue larga, por cierto, esta segunda fase de mi aprendizaje. Se sucedieron así las semanas. ¡Con cuánto cuidado y regocijo venía a este sitio, y con cuánta prudencia accionaba los pedales! Eran modestos, desde luego, mis avances, pero indudables. Merced

a ellos mi vida dejó de ser la monótona sucesión de quehaceres que había sido hasta entonces, y adquirió un sentido. Y todo podría haber continuado de ese modo, en razón de mis precauciones, si no se hubiera interpuesto el azar. Un azar previsible, pues era de imaginar que tarde o temprano alguien advertiría mis entradas al coro. Curiosas, en cambio, fueron las circunstancias.

Llovía una noche, pero me obstiné en venir, considerando que por eso mismo habría menos riesgo. Subí, pues, y ya en este sitio me percaté de que no había traído cerillas. No me importó mucho y, antes bien, pensé que sería hermoso tocar a oscuras. No se me ocurrió, en cambio, que el aguacero había obligado a dos paisanos a buscar refugio bajo los aleros de la fachada. Y estaban sin duda conversando allí, cuando a deshora oyeron que en lo alto del templo sonaban las notas de una música muy similar a la que ejecutaba don Isauro. De inmediato creyeron, simples como eran, que había regresado el alma del difunto, y echaron a correr asustados hacia la tienda de José Fonseca, el gobernador, al otro lado de la plaza. Contaron allí lo acontecido, y muy pronto la autoridad, acompañada por dos vecinos, además de aquel par, vino a comprobar si era cierto lo que habían dicho. Y no, no se habían equivocado, claro está, pues los cinco volvieron a oír, espantados, mis compases. Yo, entre tanto, puse fin a mi sesión, salí por la ventana y me aprestaba a seguir hacia la torre, cuando sentí voces contenidas. Mudé entonces de camino, y bordeando la cornisa, con peligro de caerme, alcancé el segundo contrafuerte de la nave, y bajé con no poco susto por los adobes escalonados del mismo. Atravesé después a la carrera el patio de la parroquia, traspuse el muro que lo separaba de la calle, y me alejé a toda prisa bajo la llovizna.

La noticia de lo sucedido y la creencia de que el alma de don Isauro penaba en el coro se difundieron por el pueblo. Y se habló, ya sea por invención de los testigos, o ya por los agregados de unos cuantos, de un lúgubre dúo de lamentos, y de una silueta fantasmal que se esfumaba por los contrafuertes de la iglesia. Y la gente se preguntaba, en los días subsiguientes, cómo podía haberse condenado el difunto si había sido en vida, hasta donde se sabía, un varón prudente y bondadoso. Y tanto fue el alboroto que se llamó al cura del pueblo vecino, ya que el nuestro no tenía ninguno, y él vino y rezó y aspergió con agua bendita el coro; y después la Cofradía de la Vera Cruz, única en el villorrio, rezó unos responsos en memoria del desaparecido. Mi madre, por supuesto, solo atinaba a persignarse, y mi padrastra a murmurar: «¡A lo mejor, pues, ese músico era un hombre malo!».

Por mi parte me reí a solas, y bastante, por todo lo que se decía, pero era mucho más fuerte la pena, próxima a la angustia, al verme imposibilitado de regresar a esas veladas de delectación y aprendizaje, pues era innegable que no podía arriesgarme a ello. ¿Qué hacer, entonces? ¿Tratar de conseguir un instrumento nuestro, como la quena o el charango, con qué sustituir el melodio? No, no sería lo mismo, pues no eran los apropiados para el tipo de música que me interesaba. Decidí finalmente dejar que transcurrieran unas semanas y mis paisanos se olvidaran de lo acontecido, y se afirmara

el rumor según el cual los que habían escuchado esa música en realidad se habían bebido unos buenos tragos. Así lo hice, confiando además en que buena parte de los varones del pueblo, entre los cuales yo no estaba, partiría pronto a trabajar a las tierras bajas de Uchubamba, en la Montaña, donde nuestra comunidad tenía unos terrenos. Podría entonces, al menos por un corto lapso, reanudar mis visitas al coro.

Fue así cómo, una vez que partieron, me las arreglé una noche para retornar a la iglesia con toda la cautela posible. No tropecé esta vez con ningún inconveniente, ni tampoco en las subsiguientes, y tanto que consideré posible prolongar mi aprendizaje por un tiempo mayor del previsto. Recuperé de esta manera lo ganado, y adquirí incluso mayor soltura con los dedos, cuando aconteció lo inevitable. Y fue que una noche, al dejar el coro, sentí unos pasos abajo y silbidos. Retrocedí entonces, como en la vez anterior, para escapar por la otra vertiente del tejado, pero por desgracia se rompieron con ruido algunas tejas, y una voz comenzó a gritar: «¡Ahí va! ¡Ahí va!». Me apresuré y ya estaba en el contrafuerte de ese lado cuando sonó una detonación. Bajé como pude y hui por la calle como alma que lleva el diablo. Ya en casa me di cuenta de que había perdido el sombrero, pero no podía volver en su busca. Era evidente que ya se sabía que no era un «ánima» ni un «condenado» aquel que ponía las manos en el melodio, sino un ser de carne y hueso. Y era evidente, asimismo, que no se tardaría en identificar al dueño de la prenda, que por desgracia había pertenecido también a mi padre y tenía sus iniciales. ¿Qué hacer, pues? ¿Perdonarían mi atrevimiento? ¿Me echarían la culpa de los robos que se habían producido? ¿Me acusarían de profanar el templo? Era de imaginarse la furia de Fonseca, la desdeñosa cólera de mi padraastro y los denuestos que me lanzaría mi madre cuando se enterara. Y, por sobre todo, se acababan para siempre esas veladas. No, ya no tenía ningún sentido seguir en el pueblo. Tomé, pues, la única determinación que me pareció razonable: escribí una nota que puse sobre mi camastro, en el cuartucho que me servía de dormitorio, y que decía: «Me voy, pues, madre, y no pregunten por mí. Alguna vez regresaré. Te quiero. Adiós». Y muy temprano, antes del alba, abandoné la casa, tal vez para siempre.

Tomé el sendero de Hualis, para seguir luego hasta Palpa. Llevaba conmigo la ropa heredada que vestía, unos zapatos que habían sido de mi hermano, un poco de cancha y unas monedas que me había dado el viejo Israel Pérez por un trabajo que le hice. Desde la loma de Suri me di vuelta para mirar mi tierra y lloré, mas algo me dijo con insistencia que alguna vez retornaría. Y así ha sido, en efecto. Aquí estoy, después de treinta y nueve años, y sin traer conmigo familia ni riqueza, pero recobrada ya la palabra, para reanudar a mi manera y con mi propio estilo, la magia de aquellos antiguos y secretos recitales. Negros eran los harapos con que partí, y negra es la ropa con que vuelvo, pero decorosa ahora, y traigo algún dinero para arreglar mi casa y asegurarme un modesto mantenimiento en un pueblo que ha cambiado, y del cual una buena parte de la población ha emigrado. Treinta y nueve años que me han convertido en este hombre enjuto, canoso, Eliseo Chávez, amante de la música más que nada, y fiel a su amor por la soledad.

Caminé todo ese día, en dirección a Jauja. Pasé la noche en un barranco, y llegué a la ciudad a la mañana siguiente, que era de una festividad religiosa. Una intuición me llevó a la iglesia, que alguna vez había visitado de niño con mi padre, y donde se celebraba una solemne misa. No estaba acompañada por el antiguo órgano colonial que hay en el crucero, sino por otro, mucho más grande, que se halla en el coro alto, y que según oí decir al término de los oficios, había sido traído el año anterior. No podía creer que hubiese uno tan imponente y que sus sonidos fuesen tan hermosos. Y más hermosos aún cuando se alternaban con las voces de un coro que, según supe después, era de jóvenes seminaristas del convento de Santa Rosa de Ocopa. Acabado el sacrificio, me quedé donde estaba, y por tanto rato que el sacristán, pronto a cerrar las puertas del templo, reparó en mí, intrigado sin duda por mi apariencia. Me preguntó qué hacía yo allí, y como no le respondí, repitió la pregunta en quechua. Yo hice un gesto, indicando que le entendía pero que no podía hablar. Algo le dijo que no era de la ciudad ni de un pueblo cercano, sino de la altura, así que, compadecido, me llevó a la casa parroquial y me hizo dar un almuerzo. Me observó por un espacio, y volviendo al primer idioma me preguntó: «¿No quieres ganar unos soles ayudándonos con la limpieza?». Yo contesté con una señal afirmativa, y como había papel y lápiz en una mesita cercana, pedí permiso y escribí, con la caligrafía escolar pero cuidada que era la mía: «Señor, por favor, sí quiero ese trabajo». Sorprendido, el hombre me condujo con la petición escrita ante el párroco, el cual se asombró también y dijo: «Por suerte para ti se nos ha ido un asistente, y se acercan las fiestas de la Virgen del Rosario. Veremos, pues, cómo te desempeñas». Y fue así como ingresé en calidad de muchacho de limpieza a la Iglesia Matriz de Jauja. ¿Cómo no pensar que me acompañaba la suerte? ¿Y qué cosa mejor que trabajar justamente allí donde podía estar cerca no solo de un armonio más grande que el de Sónдор, sino incluso del órgano nuevo, tan soberbio? Asumí, pues, con gran entusiasmo mis tareas, y tomé posesión del cuartito que me asignaron, a un costado del baptisterio. ¡Cuánta alegría me procuraba subir a efectuar la limpieza del coro y contemplar su metálica floresta de tubos! ¡Y cuánto mayor aún la de escuchar, desde un rincón, las interpretaciones de un cura que acompañaba la misa dominical de mediodía, única hora en que se ponía en marcha el generador especial que alimentaba al instrumento! ¡Y oír las campanas, tan bien concertadas, y acudir a un recital de piano que dio una señorita en el Salón Parroquial! ¡Y oír, por primera vez en mi vida, las transmisiones de radio en casa de una señora acomodada, que a veces me llamaba para asear su sala, aparato en el cual podía sintonizarse, según me enteré, estaciones de Europa!

Experiencias para las que me habían preparado poco, hay que admitirlo, mis pocas y trabajosas lecturas en mi villorrio natal. Y, de otro lado, cuánto me turbó, debo confesarlo, la vista de jovencitas y muchachas que me parecieron todas bellas, y que me eran inaccesibles, desde luego, por mi condición de mudo y de sirviente, así como por mi pobreza. Tampoco me atreví, claro está, a pedir que me permitieran poner los dedos en el

melodio del coro, ni en el órgano colonial del transepto, y mucho menos, oh Dios, en el órgano mayor, esa máquina que era para mí como la suma y cumbre de todas las humanas aspiraciones. Consciente, pues, de todo ello, y diligente, silencioso, me gané la estimación del padre Solís, párroco de Santa Fe de Hatun Xauxa. Y tanto que no solo se preocupó en mejorar mi cuartucho y mi alimentación, sino que me regaló un poco de ropa y unos libros usados para que no me olvidara de leer, entre los cuales se hallaban un pequeño manual de teoría musical y otro con biografías de compositores ilustres. El primero, en especial, se convirtió en mi libro de cabecera, y avancé laborioso, tenaz, por sus páginas.

Transcurrieron las semanas y fue cambiando el paisaje, hasta tomar, en diciembre, unos matices de verdor que no había visto jamás, acostumbrado como estaba a los pocos y melancólicos colores de la puna. Echaba de menos, es verdad, mi tierra, pero era mayor el contento que me procuraban las posibilidades que se me ofrecían. La fiesta de Navidad fue ocasión para espectar la danza de la huaylijía, cuya música, sencilla y tan nuestra, me emocionó hasta las lágrimas, y fue también oportunidad para asistir a la Misa de Gallo, con sus lindos villancicos, pero a los que prefería, no sabía bien por qué, la música seria y solemne de los oficios. Siguió luego, al cabo de unos días, la fiesta de Año Nuevo, que me fue también muy grata. Y se sucedieron así los días y semanas hasta un sábado en que el párroco me mandó llamar y me presentó a un fraile que, según me informó, era nada menos que el Padre Guardián del convento de Ocopa. Le dijo: «Este es el muchacho del que le hablé, padre, que a pesar de ser mudo, es muy diligente y devoto, y se aviene a todo. Podrá serles útil, y se sentirá muy contento con ustedes». Y como yo lo mirase sorprendido, añadió: «Sí, Eliseo, y será por tu bien». El otro, con un acento que me pareció raro, como que se trataba de un español, se dirigió entonces a mí y dijo: «¿Nos entiendes, hijo? ¿Te gustaría venir a Ocopa?». Y como yo había escuchado hablar muy bien, y más de una vez, de ese monasterio, asentí sin vacilar. Y él continuó: «Pues vendrás a Ocopa, y nos acompañarás. Verás que te gustará». Y volviéndose al párroco dijo: «Sí, será un donado».

Y fue así como partimos al día siguiente, después de despedirme con gratitud del párroco y del sacristán, en el tren que conducía a Huancayo. Bajamos en una pequeña estación y caminamos por una vía orillada de alisos y eucaliptos. De rato en rato el religioso se volvía a mirarme, pero no decía nada. Llegamos así al convento, donde se le recibió con respeto y efusión, y él me presentó diciendo: «Este es Eliseo, joven que por desgracia perdió el habla en un accidente, pero que sabe leer y escribir, es trabajador y gusta de la música». Los presentes, creo que todos chapetones, me miraron con curiosidad y me dirigieron algunas palabras. Se me señaló una celda, y me pidieron luego que vistiera un hábito usado, semejante al suyo. Un seminarista me mostró los claustros y la iglesia, y pude ver que esta contaba con un órgano también grande, pero no tan alto ni con tantos registros como el de Jauja. Se me instruyó luego sobre el sencillo ritual al que tenía que someterme, y sobre mis obligaciones y las horas de las comidas. Se me presentó al otro y único donado que había en el establecimiento, un

poco viejo ya y peruano como yo, quien completó la información sobre las oraciones y la forma de vida de los frailes. El jardinero, en cambio, ensayó algunas bromas, pero no me prestó después mayor atención.

Tomé nota, por cierto, de cuán monótona sería mi existencia, pues vocación religiosa no tenía. Me sostuvo, sin embargo, la perspectiva de escuchar muchas horas de música en el templo, con esos cantos y las interpretaciones del organista. Más aún, y gracias a una petición que escribí en una hoja, obtuve autorización, al cabo de un tiempo, para subir al coro. El padre que me acompañó me mostró el órgano, y su asombro fue muy grande cuando, por estar el teclado abierto, y en un raptó de audacia, ensayé unos arpeggios. «¡Cómo! ¿Sabes tocar?», inquirió. Y yo, entonces, con una venia, me senté y toqué unos compases que había aprendido de don Isauro en la forma ya descrita, y que, como supe después, pertenecían a una pieza de Haydn. El religioso se preguntaba sin duda cómo era posible que un indio joven pero ignorante, y por añadidura mudo, pudiese tocar, por poco que fuera, ese instrumento. Me pidió, pues, que continuase, y yo hice lo que pude. «¡Increíble!», exclamó, y tuve que contarle, otra vez por escrito, y en una versión un tanto arreglada, cómo es que había aprendido yo solo lo que sabía. Sorprendido aún me llevó ante el padre Guardián, ante quien tuve que repetir mi historia. Estupefacto, quiso comprobar por sí mismo la verdad de lo dicho, de modo que volvimos al templo y toqué nuevamente, pero esta vez en el melodio del baptisterio, aquellos compases. Convencido, entonces, de que tenía aptitudes, dispuso que uno de los organistas me diese cuando fuera posible algunas lecciones, y me dio permiso para tocar, algunas tardes, el armonio del coro. E incluso sucedería semanas más tarde que, cuando visitó el convento el obispo de Huancayo, fui llevado a su presencia y me hizo algunas preguntas. Más aún, quiso oírme, y debí tocar ante él, y ante el padre Guardián y otros religiosos, lo mejor de mi modesto repertorio. Y por si todo ello no hubiera bastado, debí dar cuenta sucinta y algo sonrojado, siempre por escrito, de mi pasada existencia en un pueblo del que apenas si tenían noticia. Ah, y es un recuento también el que hago ahora, con gran emoción, en un ir y venir del pasado a la hora presente. Soliloquio a la vez del regreso y del comienzo de una era que solo acabará con la muerte. Elegía, mas también celebración, solitaria celebración.

Mas volvamos a mi relato. Estaban así las cosas cuando de pronto llegó una orden del Superior de los Descalzos de Lima, mediante la cual ordenaba que viajase a la sede de la orden en la capital. «Será para tu bien», me dijeron el Padre Guardián y otros frailes. Así lo creí, por cierto, y me preparé para lo que me deparaba la existencia. Efectué el largo viaje en tren, que me condujo a ese monasterio espléndido, aunque ruinoso en partes. No me gustó el clima, pero debí adecuarme en poco tiempo a otras personas, y a los rumores de la ciudad, y a una jerarquía que desconocía. A otro mundo, en buena cuenta. Una vez más debí relatar en papelitos mi vida y hablar de mi amor por la música. El Padre Superior, ya muy entrado en años y de austera figura, me formuló nuevas preguntas y me pidió que tocase algo en el armonio de la sacristía. Finalmente me dijo:

«Te tomamos como nuestro donado, Eliseo, pero como sabemos de tu amor por la música, estudiarás, y si te empeñas llegarás a ser hermano y uno de nuestros organistas». Asentí respetuoso y feliz, por lo de la música, pues lo de ser religioso no me entusiasmaba. Fui llevado también al consultorio de un médico, quien después de examinarme con atención determinó que no había lesión en mi laringe ni en mis cuerdas vocales, y que tal vez con el correr del tiempo, un adecuado ejercicio y la tranquilidad, recobraría el habla. Pero otro, del Hospital 2 de Mayo, me remitió a un psicólogo, quien se interesó vivamente en mi caso, que fue definido como una «experiencia traumática», y me presentó a unos colegas. Fui sometido, pues, a sesiones especiales, que según supe más tarde tenían a la vez de análisis y de un nuevo aprendizaje del habla, que en corto tiempo dieron resultados. Y así fue cómo, paso a paso, volví a hacer uso de la palabra, aun cuando me quedaron, como efectos residuales, momentos de tartamudez, que también se fueron atenuando con el paso del tiempo. También se me incluyó en un grupo de donados que seguían su instrucción primaria. ¡Cuán grande fue y es mi reconocimiento por todo ello!

En algún momento, en los días iniciales de esa terapia, le escribí una carta a mi madre, que no sabía leer pero que podía acudir a quien lo hiciera en el pueblo, informándole de mi situación e interesándome por su salud. No hubo contestación, ni tampoco a la segunda. Pero a la tercera sí la hubo, escueta y breve, y escrita por el lugareño que tenía a su cargo la función de recoger y entregar la correspondencia. Y en esa escueta respuesta se decía: «Dice su señora madre que está bien, y que siga usted por su camino». Nada más. ¿Por qué ese laconismo? Unas semanas después insistí con otro mensaje. No recibí respuesta sino al cabo de varias semanas, y no de mano de aquel escribiente sino de la de mi padrastro, diciendo que estaba bien y que esperaban que les enviase algún dinero. Reuní, pues, una pequeña suma, pero no encontré modo de remitirla. Volví a escribir, pero no obtuve contestación. Y me proponía pedir permiso y viajar por unos días a mi pueblo cuando recibí un mensaje de un primo, Celedonio Linares, avisándome que ella había fallecido hacía un par de semanas, y que mi padrastro había dejado el pueblo, llevándose todo lo que pudo, a establecerse en Huariaca, donde vivía un hijo suyo. Fue una noticia muy dura y me costó tiempo recobrar me. No, ya no volvería a ver a mi madre, a quien, a pesar de todo, quería. En cuanto a lo demás, ¿sería verdad lo que contaba aquel pariente? En todo caso el autor de la misiva, más joven que yo, me decía que había optado por cerrar con un candado la casa, y que la llave estaba a mi disposición cuando regresara. Y no dejaba de preguntarme si me haría cura, y si me animaría a regresar y decir unas misas en el pueblo.

Mis progresos con el habla no hicieron que dejara, desde luego, las humildes obligaciones de mi situación, y continué siendo, siempre que era posible, embelesado oyente de los ensayos del coro y de los organistas. Y tanto que el Superior se acordó de mí, se alegró de la progresiva superación de mi mudez, y cosa que le agradecí aún más, encargó mi formación musical a un monje de Burgos, el cual si bien al principio se mostró entre

escéptico y malhumorado, pronto asumió su tarea con interés. Realicé, pues, notables avances en el armonio, así como en el conocimiento de la teoría y la historia de la música. Y tanto que más de una vez se me ordenó que fuera con un fraile que iba a predicar en un pueblo cercano a Lima en que había un melodio, para que lo acompañase en la celebración de la misa. No me fue tan bien, en cambio, en las clases de instrucción general y en las de religión. En ellas se dejaban sentir las deficiencias de mi primera infancia y mi pasada mudez, y el desdén que en el fondo sentían varios de mis compañeros limeños por los serranos, así como la certeza, en mi caso, de que mi camino no estaba por el lado de los hábitos religiosos. Más aún, porque en lugar de fortalecerse mi fe se fue más bien debilitando, hasta convertirse, con el transcurso de los años, en esa contradictoria posición que hoy puedo llamar un agnóstico teísmo. Proceso que, por elemental prudencia, disimulé de la mejor manera posible, sobre todo en la confesión, rito al que me era imposible sustraerme, pero sin caer nunca en hipocresía. Y además, no sé de qué manera, ¿no era mi actitud frente a la música sacra la de un gran amor y reverencia, por no decir religiosidad? ¿Y no reforzó todo ello en mí una actitud marcada por la discreción, la humildad y la autenticidad? ¿Acaso olvidé mi condición de donado? Por otra parte, y si bien me esforcé en progresar al máximo, no abrigaba aspiraciones de llegar a ser algún día organista del monasterio, y menos aún maestro de capilla, con lo cual, además, me ahorra los celos de quienes detentaban o querían desempeñar esas funciones, pues por religiosos que fueran no estaban exentos de humanas debilidades.

Me convertí, pues, en el hermano Eliseo, que en varias ocasiones debió acompañar al padre que reemplazaba al Superior en algunas de sus visitas a nuestros conventos del Cuzco, Puno y Arequipa, e incluso, en ciertas ocasiones, tuvo la alegría de officiar de organista suplente. Viajes en los que me deslumbró, claro está, la severa arquitectura de la catedral de esa primera ciudad, y el suntuoso arte de los demás templos. Pero cuánto más lo hizo la extensión desolada, podría decir cósmica, del altiplano, el lago, y el arte de las iglesias de Juli, Pomata y Zepita. No me importaba, entonces, que en algunas de esas parroquias fuese yo presentado, no sin embarazo de mi parte, y por razón de mi trayectoria, como un milagro de la Divina Providencia. Sí, la del mudo y recogido que a fuerza de fe, constancia y humildad había superado las míseras condiciones de su infancia y el accidente, y que no solo había recuperado el habla, sino que se había convertido también en un auxiliar que ejecutaba con gran fervor la música de los oficios en los armonios de las ciudades de provincia y pueblos de nuestras serranías, por humildes que fuesen.

Yo quería, por cierto, regresar a Sándor, pero más tarde. Y es que deseaba profundizar antes mis conocimientos musicales, avanzar todo lo que fuese posible en el arte de la interpretación, y también leer, conocer nuevos lugares, avizorar nuevos caminos. Por un tiempo consideré inclusive la posibilidad de abandonar el convento y buscar trabajo, casarme, fundar una familia, pero pronto me di cuenta de que ese no era mi destino, y que este se hallaba vinculado ya para siempre con la iglesia, mas no como

donado, ni en la condición de fraile. No, porque había en mí, como ya he señalado, no una fe ortodoxa, sino un teísmo mezclado de agnosticismo, posición que no me impedía reverenciar al Dios de los católicos, así como a Cristo, a la Virgen, a los santos, y participar en los cultos. Incluso me las arreglé, como ya mencioné, para cumplir con la confesión y la comunión, sacramentos a los que me era imposible sustraerme. Por fuerza debí adoptar, eso sí, una actitud muy prudente, reservada, a la que se avenía muy bien mi carácter introvertido.

Fueron pasando así los meses y los años, y alcancé la cuarentena, siendo cada vez menos frecuentes, por desgracia, los viajes con el padre Superior o con su sustituto. Se me dejaba mayor libertad, cuando ello no interfería con los oficios o las prácticas del titular, para tocar los armonios de la iglesia y del convento, y, en espaciadas y solitarias ocasiones, el gran órgano del templo mayor de la orden. Obtuve también permiso para asistir a algunos recitales, que muy de tiempo en tiempo daban maestros extranjeros en los magníficos instrumentos de San Pedro y de la Catedral. Y una noche, inclusive, pude asistir a un memorable concierto que se dio en la iglesia de San Pedro con música de Palestrina, Monteverde y un anónimo compositor de la Colonia.

Transcurría el tiempo, y se fue acentuando, poco a poco, el deseo de volver al sitio en que había nacido. Sí, a este pueblo situado en un paraje tan severo, en las cercanías de las lagunas de Janchiscocha, a medio camino entre el luminoso valle de Jauja y la ceja de Montaña, el villorrio de Sándor, donde me entrego ahora a este soliloquio. La aspiración de llegar a ser, si aquel hermoso y viejo armonio se había conservado, sucesor del estupendo músico que había sido, a mi modo de ver, y a pesar de toda su modestia, Isauro Oscovilca, en esa época tan lejana. Y de recobrar la vieja casa de mi madre, y reintegrarme, en suma, a esta tierra de puna que tanto se corresponde, en su austero paisaje, con mi naturaleza.

Se fue reafirmando, pues, y definiendo, aquel designio, y así, cerca ya a los setenta años, le escribí a un fraile cuaresmero de Jauja, rogándole que me informase, si le era posible, sobre mi pueblo. Él cumplió con mi pedido, y logró hablar con un señor Sulca, cuyos padres eran de Sándor, quien le contó que parte de mi casa se había caído con las lluvias, pero que el resto continuaba cerrado y sin que nadie se lo hubiese apropiado, tal vez por lo decaído y casi despoblado del lugar, y que, de otro lado, algunos miembros de la comunidad se turnaban para ver por el templo. Así, pues, yo podría volver a mi casa, y encargarme, si nadie se oponía, de la pequeña iglesia. Fue de esa manera cómo en diciembre pasado, tomada ya mi resolución, pedí hablar con el Padre Superior del convento. «Padre», le dije, «quiero volver a mi tierra». Me miró asombrado y me preguntó por mis razones. «No están en juego mi fe ni mi devoción», le expliqué, «pero no sé nada de mi familia ni de mi casa, y ni siquiera de mi pueblo. Quiero volver a mi tierra, y hacerme cargo, quizá como sacristán, de su única y modesta iglesia, hoy casi abandonada». «Pero, ¿lo has pensado bien? ¿Estás seguro?», replicó, y sus ojos me miraron con una sombra de suspicacia. «Sí, así es»,

me reafirmé. «En fin, vuélvelo a pensar», me dijo, «y, en todo caso, si vas y no puedes quedarte, tendrás abiertas las puertas para regresar». Y con esto me despidió. La noticia se difundió en el monasterio, pues a pesar de mi muy modesta condición era conocido por mi vocación musical, y a todos pareció extraño no que fuera a mi tierra para visitarla, después de tanto tiempo, sino para quedarme en ella. «No encontrarás ya a ningún pariente ni amigo, y tu casa sabe Dios en manos de quién estará», me dijo el hermano Anselmo. «Sí, lo sé, pero confío en la Providencia», le respondí.

Me dediqué, pues, en mis horas libres, a preparar el retorno. Solicité el permiso oficial para retirarme del convento, a lo cual no solo accedieron, sino que me dieron cartas de recomendación para el Padre Guardián de Ocopa y para el párroco de Jauja. Compré unas partituras y algo de ropa civil, y unos libros. Y a la semana siguiente del domingo de Resurrección fui a despedirme del Superior, quien me deseó con cierta frialdad que me fuera bien. Les dije adiós a los compañeros, y me mudé por tres días a ese hotel que está en la esquina de la estación de Desamparados. Por primera vez volví a visitar, pero esta vez solo y en libertad, la Catedral y las iglesias del Cercado. Compré un radio de segunda mano, con onda corta, para escuchar música culta, ya que las estaciones nacionales no la transmiten casi nunca. Y anteayer tomé el tren de la Sierra, en viaje de retorno después de tantos años. Y de veras que habría algo de extraño en mi apariencia, con la faz pálida, la barba, y lo que sin duda había tomado, sin percatarme, del acento de los frailes españoles con que había convivido, al extremo de que una señora, a quien ayudé con sus maletas al subir al coche, me dijo: «Gracias, padre». Poco a poco dejamos el cielo veraniego de la costa, y al cabo de unas horas, desde Casapalca, nos acompañó el cielo sombrío que es propio de esta época del año, y que por momentos amenazaba con tormenta. El viaje duró, según me dijeron, algo más de lo usual, y cuando llegamos a Jauja comenzaba a oscurecer y estaban encendidas las luces eléctricas. Me recibió una ciudad melancólica, no frecuentada ya, como supe después, por los enfermos que antes la visitaban por un tiempo en busca de salud. Me alojé en un hotel y dediqué el día de ayer a visitar la Iglesia Matriz y los barrios. Y hoy domingo, antes del alba, estuve en la plaza de Santa Isabel, en pos del autobús que partía a Sónдор. Ninguno de los pasajeros de mi edad, o mayores, me reconoció, y aunque les llamaría la atención mi figura, no lo manifestaron.

Llegamos al pueblo al comenzar la tarde. Cuán doloroso fue para mí ver el estado en que se halla todo. La pequeña feria dominical ya había concluido. Se ven muchas casas cerradas, algunas en ruinas, y calles casi desiertas. Inconclusos algunos solares. Los pocos vecinos con que me topé, casi todos viejos, tampoco me reconocieron y me observaron a hurtadillas con huraña desconfianza. Me dirigí, pues, a casa de mi primo Celedonio, quien estaba ausente, pero sí su mujer, más o menos de mi misma edad. Asombradísima, me preguntó, como si tuviera ante sus ojos a un fantasma: «Pero, ¿eres realmente Eliseo?». Y yo le conté en pocas palabras cuál había sido mi vida, sin entrar en detalles, y señalando que quería quedarme en mi casa, en mi tierra. No pareció agradarle mucho la noticia y me ratificó

lo que me había informado su marido, hacía mucho. Me dijo también que la parcela que tenía mi madre al pie del cerro, explotada durante años por un colindante, estaba ahora en abandono y a mi disposición si la quería. Se disculpó luego por hallarse muy ocupada, así que fue y buscó las llaves de la casa, y me dijo al entregarlas: «Verás que todo está como te hemos dicho». Le agradecí, pues, y tomé mis bártulos y me dirigí hacia ella. Y en efecto, buena parte de la misma se encontraba casi en ruinas, e invadida por el pasto y las malas hierbas. Abrí el viejo candado de la puerta que da a los dos cuartos aún en pie. Dentro de uno no hay sino una mesa y un aparador desvencijados, y en el otro un camastro con algunas frazadas, a salvo por suerte de las goteras, y una mesa pequeña. Nada más. Como aún era de día salí en busca de algo que comer, y a poco me di con una anciana que primero me miró asustada, y después atónita. La saludé, ya que a pesar de los años supe de quién era ese rostro: «Buenas tardes, mama Rosaura», pues era ella, en efecto, que frisaba en la madurez cuando me marché del lugar. Y como parecía reconocermme añadí: «Sí, soy yo, Eliseo, el mudo, y como usted ve, he recuperado la palabra». Dijo al fin: «Sí, eres Eliseo. ¿Y a qué has vuelto, si todos son ya finados?». «He vuelto porque quiero quedarme, al menos por un tiempo, y ver cómo están mi casa, la iglesia». Aún perpleja me invitó a pasar a su casa, que está a poca distancia. Nos sentamos en el corredor y me invitó en una mesita una taza de café caliente con unos bollos que me supieron muy bien. Después me informó, por momentos algo suspicaz, sobre nuestros vecinos. Y quiso saber, por cierto, qué había sido de mi vida, cómo había recuperado la palabra, por qué no había regresado antes y, de nuevo, qué pensaba hacer. Y yo le di sucinta y prudente razón de todo, y le pregunté a mi vez cómo le había ido en todos esos años, a ella y a su familia. Sus hijos se habían marchado a los asientos mineros, y vivía con una sobrina. De la iglesia me dijo que le habían hecho algunas reparaciones para que no se viniera abajo, que por supuesto no había sacristán, y que un vecino, por turno, y en esta ocasión un tal Rosendo Valladares, guardaba las llaves. Me contó, en fin, que en la última fiesta del patrono del pueblo había costado mucho persuadir a un cura de Marco para que viniese a celebrar la misa. Y como empezaba a oscurecer le rogué que, mediante conveniente pago, me atendiese en los días sucesivos con la comida, a lo cual accedió, así que me despedí y regresé a casa, y me acomodé lo mejor que pude para pasar la noche.

Esta mañana inspeccioné mejor la casa, que por lo visto ha sido objeto de sucesivas sustracciones. Encontré unos restos de menaje y un cántaro con el cual pude procurarme agua en la fuente que hay en la esquina, y con lo que había traído —un poco de café, azúcar, galletas— prepararme un magro desayuno. Salí después y me dirigí a la casa de ese Valladares, cuya ubicación recordaba. Me recibió él en persona, y como era solo algo mayor que yo, me escuchó y no tardó en reconocermme. «¿Eres tú?», se asombró, y debí repetir las explicaciones del caso, pero no dije que había sido donado en el convento de los franciscanos, sino músico y organista en una iglesia de Lima, que no me había casado y que mi intención era quedarme en el pueblo.

Me contó a su vez que hacía mucho tiempo que nadie tocaba el melodio. Y dijo: «Ojalá te quedes, Eliseo». No tuvo inconveniente en prestarme las llaves del templo, con encargo de que las devolviese luego de la visita.

Vine, pues, y con cuánta emoción crucé el atrio y abrí el enorme candado colonial de la puerta. El cielo estaba nublado, y por eso la nave se hallaba en gran parte en penumbra. Avancé hasta el altar mayor, con su modesto retablo colonial, y en el que se perciben las huellas de las goteras. Solo había dos cirios, apagados por lo visto hacía tiempo, en el pobre candelabro del altar mayor. Por doquier se notaba descuido, por no decir olvido. Volví sobre mis pasos y subí por la escalerilla que da acceso al coro. Fui y miré por la ventana hacia la plaza. Nadie cruzaba por la calle, pero unas ovejas pastaban a un lado en la hierba que había crecido. Procedí luego a sacudir el polvo que cubría el armonio y el banco, y abrí la tapa del teclado, que me pareció más amarillento que el que había conocido. Me senté luego, y mis dedos, que sin duda comienzan a ser sarmentosos como los de don Isauro, recorrieron en silencio unas notas. Ensayé después de un espacio los pedales que dan el aire a los tubos, y vi que aún servían, aunque se oyeran chirridos. Probé uno a uno los pocos registros del instrumento, un tercio de los cuales ya no funciona. ¿Cómo no ha de ser así, con los años y el abandono? Ensayé luego unos arpeggios, que a pesar de todo sonaron gratos a mis oídos. Sí, tendría que dedicar muchas horas a una paciente reparación, en todo lo posible, del viejo melodio. Me recogí, después, en mí mismo, y me abandoné a esta evocación y recuento, solo, en silencio.

Me digo y me repito que estoy de regreso, sentado ante el instrumento en que se cifraba, en aquellos años, toda la dicha a la que podía aspirar. La dicha, sí, pues no la tuve con la familia, ni conocí jamás el amor de una mujer. Frente al teclado ante el cual don Isauro Oscovilca simbolizaba para mí una forma de sabiduría, a la cual, no obstante mis sentimientos de inferioridad, de algún modo yo aspiraba. He retornado, y me digo que he sido pues, y soy leal al destino que presentí en esos tiempos. No habrá para mí, en adelante, sino recogimiento, una soledad que no excluirá de mi parte el trato amigable pero limitado con los vecinos, el desbroce y cultivo de la parcela que me queda. Y la música, la música sobre todo, la que he amado y oído más que otra durante toda mi vida. La música, como elegía, recogimiento, celebración. ¿No era eso lo que deseaba, sin poder expresarlo desde luego, el viejo organista Oscovilca, en esa tarde en que se detuvo ante mí, en la puerta del templo? ¿No está en ello mi realización y una forma de felicidad? Y por ello mismo, y a pesar del comienzo de la vejez, al principio también de una nueva juventud, toda hecha de música, y poco a poco, también, ya de muerte, y en eso mismo de vida.



EL RETORNO DE ELISEO

A partir de la lectura del cuento de Edgardo Rivera Martínez, responde:

1. Si tú fueras Eliseo, después del accidente de su niñez, ¿qué hubieras hecho en su lugar y qué te motivaría a superar el infortunio?

2. Explica en qué circunstancias don Isauro Oscovilca le dice a Eliseo: «Algún día volverás a hablar, Eliseo, y algún día, también, serás músico». Luego, comenta de qué manera este comentario repercute en la vida de Eliseo.

3. Al final del cuento, Eliseo vuelve a su pueblo después de treinta y nueve años. ¿Por qué crees que regresa y deja todo lo que había conseguido? ¿Qué opinas de esta actitud? ¿Harías tú lo mismo si te encontraras en esta situación?
